



CAPÍTULO XIII

INGLATERRA EN TIEMPO DE ENRIQUE VII

Establecimiento de la monarquía absoluta

(1485-1509)

ENRIQUE VII.—Nacido en el castillo de Pembroke, en Gales, el 28 de Enero de 1457, tenía Enrique veintiocho años cuando llegó al trono. No había conocido á su padre, Edmundo Tudor, muerto dos meses antes de su nacimiento, y al darlo su madre á luz aún no había cumplido los catorce años. Más bien enfermizo de niño, fué siempre de constitución delicada. Sus primeros años sufrieron la repercusión de la guerra civil. Cogido por los yorkistas en 1468, libertado después de la restauración efímera de Enrique VI, tuvo que dejar á Inglaterra cuando Eduardo IV hubo recobrado el trono, porque podía llamarse entonces el único descendiente vivo de Juan de Gante. Su tío Jasper le llevó á Bretaña, donde le persiguieron las sospechas de Eduardo IV. Reclamado por Ricardo III después del fracaso de la maquinación de Buckingham, en la cual había tomado parte, tuvo que huir apresuradamente, y si encontró en la corte de Carlos VIII un asilo seguro, un apoyo efectivo en hombres y dinero, pudo convencerse de que sólo el inte-

rés dicta la política de los Estados. En aquella escuela se formaron su carácter y su ingenio. Aprendió que no había que fiarse de los hombres, que se puede alcanzar mucho de ellos cuando se paga, pero que nadie le sirve á uno como uno mismo. Sin ser receloso, quiso siempre estar bien enterado é hizo del espionaje político un instrumento de reinado, pero procurando comprobar los informes de sus agentes, en quienes no creía ciegamente. Observador penetrante, supo prever las traiciones, pero no era malo ni vengativo. Era bueno sin tener el corazón muy cálido, ambicioso sin ser tiránico; su mayor defecto fué querer demasiado el dinero. En lo físico era de estatura mediana, delgado, con cara larga y flaca, boca fina y espiritual, ojos pequeños y maliciosos. No fué un hombre de guerra ni un profundo político, sino un hombre de negocios, experto, avisado y resuelto.

Sus primeros actos le mostraron como fué siempre. Sus derechos al trono eran muy discutibles, y se contentó con hacer que el

parlamento declarase que «las coronas de Inglaterra y Francia eran y debían seguir siendo de la persona del rey Enrique y de sus herederos». Por consentimiento de la nación, el hecho se convertía sencillamente en derecho. El Parlamento fué invitado además á ratificar ciertas medidas destinadas á fortalecer el poder regio: se revocaron las enajenaciones del dominio real posteriores á 1455; se votaron los derechos de aduana como al principio regular de cada reinado. Los que habían empuñado las armas contra él en Bosworth fueron declarados felones, aunque entonces no era rey, y reos de confiscación y muerte, pero una amnistía general tranquilizó pronto á quienes se apresuraron á pedir perdón. Por fin se decretó que todo hombre podría ser obligado á jurar, bajo pena de felonía, que no daría asilo á ningún traidor, que no tomaría parte en ninguna asamblea ilegal, que no haría ninguna tentativa para dificultar la justicia del rey. Para su seguridad personal, creó una guardia semejante á la que había visto junto á los reyes de Francia. Era una novedad que hoy subsiste todavía.

Poco después, cediendo á las solicitudes de los Comunes y los Lores, casó Enrique con Isabel de York (18 de Enero de 1486), casamiento que reconstituía la unidad de la casa real, dividida hacía un siglo. Al mismo tiempo, el último descendiente varón de la familia de York, el hijo del duque de Clarence, niño que llevaba el título de Conde de Warwick, fué preso y encerrado en la Torre de Londres.

LOS PRETENDIENTES; LAMBERTO SIMNEL Y LA CÁMARA ESTRELLADA.—Todavía quedaba una facción de York que dió quehacer á Enrique VII durante todo su reinado. Durante un viaje que hizo poco después de su casamiento, estuvo á punto de caer en una maquinación urdida por Lord Lovel. El golpe fracasó, y Lovel huyó á Flandes junto á la duquesa viuda Margarita de Borgoña, hermana de Eduardo IV (1486). Pronto se extendió el rumor de que Warwick se había escapado de la Torre de Londres y había ido á reivindicar el trono con las armas en la mano. En realidad el tal pretendiente era un chico de diez años, llamado Lamberto Sim-

nel, hijo de un modesto artesano de Oxford. El niño fué llevado á Irlanda, donde no tardó en unírsele Lovel; fué acogido con júbilo, proclamado rey con el nombre de Eduardo VI y coronado solemnemente en la catedral de Dublín (24 de Mayo de 1487).

Luego Lovel, con 2.000 alemanes reclutados por la duquesa de Borgoña, y una chusma de irlandeses mal vestidos y peor armados, desembarcó en Inglaterra; fué derrotado en Stoke, entre Nottingham y Newark, y muerto con los principales jefes. Simnel fué hecho prisionero, y el rey se vengó de él dándole un empleo subalterno en sus cocinas. De regreso en Londres, Enrique VII instituyó un tribunal encargado de perseguir á los fautores de la revuelta, y en general de castigar los crímenes de la pequeña nobleza feudal. Este tribunal, compuesto de varios miembros del consejo privado y de dos jueces, se reunía en una de las salas del palacio real de Westminster, llamada la *Cámara estrellada*. Por la prontitud y severidad de sus sentencias, contribuyó poderosamente al restablecimiento del orden público. Finalmente, para que resplandeciese ante todos el triunfo que acababa de conseguir la realeza, Enrique VII hizo coronar á la reina (25 de Noviembre de 1487) y dió fiestas que duraron cuatro días. Era aficionado á las ceremonias de gran espectáculo, y creía, con razón, que serían útiles á su política excitando la imaginación popular.

PERKIN WARBECK.—No se curó la enfermedad de los pretendientes falsos con la desventura del chiquillo Simnel. Para probar la impostura, le bastó á Enrique VII sacar de la Torre al verdadero Warwick y enseñárselo al pueblo. No ocurrió lo mismo con otro, que era sencillamente un valón de Tournai, llamado Perico ó Perkin Warbeck. Después de haber hecho algunos estudios en Amberes y en Middelburgo, había acompañado á Portugal á sir Eduardo Brampton, partidario de la casa de York, y luego entró á servir á un mercader bretón que le llevó á Irlanda (1491). En Cork se las echaba de personaje, pavoneándose con unos trajes de seda cogidos sin duda del cargamento de su principal. Un extranjero tan arrogante tenía que ser de origen ilustre, y es de creer que

lisonjeaba la vanidad de Warbeck que lo tomaran por un hijo de Clarence ó por un bastardo de Ricardo III. Sin embargo, lo negó. Empezó á extenderse el rumor de que era Ricardo, hermano menor de Eduardo V, escapado de la Torre, y entonces ya no quiso negarlo. El falso Ricardo encontró en seguida partidarios, y en primera fila figuraban dos de los señores más poderosos de la comarca, los condes de Desmond y de Kildare. No estaba mal elegido el momento para promover la guerra civil, pues se agitaba Inglaterra para una guerra contra el rey de Francia, que acababa de casarse con Ana de Bretaña (Diciembre de 1491). En efecto, el mismo rey llevó un ejército al sitio de Boulogne, pero la ciudad era fuerte, la estación estaba muy adelantada y los aliados de Enrique VII se ocupaban en otras cosas; de modo que se apresuró á entrar en negociaciones con Carlos VIII, que le compró la paz por 745.000 escudos de oro, pagaderos á razón de 50.000 al año. Aquella prisa en transformar una guerra nacional en un buen negocio personal, indispuso al pueblo inglés contra su rey y alentó las empresas de sus enemigos.

WARBECK EN FLANDES; MOTÍN DE LONDRES.—En cuanto se manifestaron los sentimientos hostiles de Enrique VII, Carlos VIII se había apresurado á enviar á Holanda mensajeros para reconocer al falso Ricardo de York é invitarle á ir á Francia. Acudió, en efecto, el pretendiente, y fué tratado con todos los honores debidos á un príncipe extranjero, pero en cuanto se firmó la paz tuvo que marcharse. Fué entonces á buscar á Margarita de Borgoña, que le acogió como á sobrino y le enseñó cuanto necesitaba saber para hacer bien su papel. Enrique VIII se quejó, pero como no se le dió satisfacción alguna, prohibió el comercio con Flandes y transportó á Calais el mercado de paños que los mercaderes habían celebrado hasta entonces en Amberes. Esta medida, que quitaba á los negociantes ingleses una salida muy importante, mientras los miembros de la Ansa, los *Esterlings*, como los llamaban, continuaban introduciendo en Londres las mercancías del continente, provocó un motín obrero; los anseáticos fueron atacados en

su barrio ó *Steelgard*, y tuvieron que sufrir un sitio en regla; tuvo que ir el lord-mayor con tropas para apaciguar el tumulto (1493).

WARBECK EN INGLATERRA, EN IRLANDA Y EN ESCOCIA.—Warbeck era un estorbo; ¿se iría á convertir en un peligro? Trató de interesar por su causa á la reina de Castilla, prometiéndole la alianza inglesa contra Francia, cuando él fuera rey, pero ni siquiera le contestaron. Maximiliano de Austria fué menos desdenoso, y se entendió con Margarita de Borgoña para pagar los gastos de una expedición destinada á destronar á Enrique VII; pero éste, avisado por sus espías, estaba alerta; algunas prisiones y dos ejecuciones capitales retrasaron el proyecto de los conjurados. La escuadrilla que llevaba á Warbeck y á su extraña fortuna no zarpó hasta 1495. Desembarcaron algunas tropas en la costa de Kent, pero fueron rechazadas por los habitantes. Warbeck, que no había echado pie á tierra, se apresuró á embarcar de nuevo á la gente y salió hacia Irlanda. El conde de Desmond se apresuró á unirse con él, como había hecho con el falso Warwick, y todos juntos fueron á sitiar á Waterford, que resistió. Desalentado el aventurero, huyó á Escocia, donde quizá lo habían llamado. El rey Jacobo IV le trató como á igual, le casó con una de sus primas, hizo grandes preparativos, é invadió á Inglaterra (1497). Esperaba que los condes del Norte, donde la casa de York había tenido siempre numerosos partidarios, se sublevarían por Ricardo, pero nadie se movió. Entonces se separaron los dos aliados; mientras Jacobo IV seguía guerreando por su cuenta, Warbeck volvió á Irlanda, donde no pudo permanecer, y luego desembarcó en Cornwall, donde había estallado una terrible insurrección algunos meses antes. Logró armar un pequeño ejército, que sitió á Exeter, pero al primer rumor de que llegaba Devonshire se retiró precipitadamente hacia Taunton. Luego le faltó valor, lo mismo que en Deal; huyó antes del choque decisivo, se escondió en la abadía de Beaulieu, y se rindió en cuanto le prometieron no quitarle la vida. El rey de Escocia, por su parte, entró en tratos después de una campaña inútil (Septiembre-Octubre).



1-2-3-4-6-7-8-9. Nobles españoles.—5. Dominico.—10-11. Escoceses.—12-13. Campesinos franceses.—14. Paje.—15-16-17-19. Nobles franceses.—18-20. Capitanes franceses.

SUPPLICIO DE WARBECK.—También entonces el vencedor fué clemente. Warbeck, llevado á Londres, fué paseado por las calles, donde el populacho pudo contemplar y silbar al *muchacho*, como le llamaban, que con su cobardía había desconcertado tantas intrigas y frustrado tantas esperanzas. Le dejaron la vida y hasta una semi-libertad, que aprovechó para evadirse; le volvieron á coger, se le obligó á confesar públicamente su impostura y lo encerraron en la Torre. Allí encontró al verdadero Warwick, con el cual formó una nueva maquinación para tentar de nuevo la suerte. Su designio fué descubierto y castigado. Warwick fué declarado culpable de alta traición, y decapitado. Warbeck ahorcado en Tyburn (1501).

La intranquilidad constante en que vivía Enrique VII le envejeció prematuramente; pero siempre fué dueño de sí mismo, y cuando el conde de Suffolk, sobrino de Eduardo IV por su madre, después de culpables intrigas en la corte de Austria, le fué entregado por Felipe el Hermoso (1506), se contentó con encarcelarlo. Sus antecesores habían visto con tanta indiferencia la sangre derramada, habían sido tan inaccesibles á la piedad, que los contemporáneos de Enrique VII alabaron su justicia como la de Salomón.

ALIANZAS DE ENRIQUE VII.—Cada victoria ganada á los enemigos del interior aumentaba la importancia del monarca en el exterior. Á principios de 1496 celebró Enrique VII con Felipe el Hermoso, duque de Austria, un tratado célebre con el nombre de *Interkursus magnus*, que restableció las relaciones comerciales con Flandes (24 de Febrero). En esa misma época se le pidió que entrara en la liga de Venecia, formada el año anterior para atajar los avances de Carlos VIII en Italia. Vaciló mucho tiempo, porque uno de los principales coligados era Maximiliano, defensor obstinado de Warbeck. Por fin, se dejó convencer (Julio) al saber que Carlos VIII preparaba una nueva expedición á Italia. Su adhesión excitó gran entusiasmo entre los italianos, é hizo retroceder al rey de Francia, que hizo regresar á las guarniciones de allende los montes. Después murió Carlos VIII, se disolvió la liga de Venecia y

Enrique VII volvió á aliarse con Francia por medio de un tratado más ventajoso que los que había celebrado con el rey difunto. Así inauguraba la política de balancín que había de ser tan provechosa en tiempo de Enrique VIII y su ministro Wolsey.

LOS CASAMIENTOS ESPAÑOLES.—Si Luis XII deseaba la neutralidad de Enrique VII, éste anhelaba con ardor entablar con España relaciones amistosas por medio de un matrimonio entre ambas casas. Su hijo mayor Arturo (nacido en Septiembre de 1486) no tenía seis años cuando ya había propuesto á los Reyes Católicos casarlo con su hija Catalina, pero en aquel momento necesitaba la alianza española, y se la quisieron cobrar tan cara que prefirió aguardar. En 1491, para atraerlo á la liga de Venecia, los soberanos españoles le ofrecieron condiciones que aceptó; el príncipe Arturo se casaría con Catalina en cuanto cumpliera los catorce años, y su esposa le llevaría en dote 200.000 escudos. Este tratado, después de haber sido abandonado y reanudado varias veces, según las complicaciones exteriores, se ejecutó por fin en 1501; pero al morir Arturo, á los pocos meses de su unión con Catalina de Aragón (2 de Abril de 1502), dejó á su padre y á su suegro en terrible apuro: el uno deseaba conservar la alianza inglesa, y el otro la dote de Catalina. Entablaron entonces una partida diplomática, en la cual se atendió al interés tanto como se prescindió de la moralidad. Después de morir la reina Isabel (11 de Febrero de 1503) Enrique VII, aunque siempre le había demostrado afecto, no tuvo reparo en pedir casi inmediatamente para sí mismo la mano de su nuera, á quien detenía en Inglaterra. Luego consintió en firmar un tratado para casarla con su hijo menor Enrique, el futuro Enrique VIII (1504), bajo condición de que la dote prometida para el primer matrimonio se pagara previamente, por completo, y en dinero, pero al mismo tiempo tomó la precaución de que su hijo firmara una protesta formal contra una unión contraída antes de llegar á la pubertad. Además se negó á dar á la joven ningún auxilio pecuniario, y como su padre tampoco le mandaba nada, la desventurada Catalina estuvo varios años en la mayor miseria. La